CAPÍTULO III.

TRÁNSITO DE LA IDEA Á LA REALIDAD.

I.

Ya hemos indicado que en nuestro sistema de la *idea sustancial absoluta*, los dos problemas capitales de la filosofía que son el *orígen de las ideas*, y el *tránsito de la idea á la realidad*, son dos cosas resueltas, son dos asuntos concluidos.

Hemos tratado de probar lo primero.

Tratemos ahora de probar lo segundo.

Seria imposible poner en relacion la idea con su objeto con ninguno de los sistemas que han querido explicar el problema del conocimiento.

Dicen los materialistas: *nada hay en el entendi-*

miento que ántes no haya pasado por los sentidos. Si los sentidos dieran las ideas, ¿cómo se formarian en nuestro espíritu las ideas universales y absolutas?

Dicen los psicólogos: *el mundo real existe, que yo sepa, sólo por el yo y en mí.* Si todo existe en el yo, y sólo por el yo, ¿es otra cosa más que una ilusion la realidad del mundo?

Máxima antigua: lo mismo no puede ser conocido sino por lo mismo.

Para que haya conocimiento es menester que exista algo de comun entre el sujeto que conoce y el objeto conocido; es forzoso que lo mismo se relacione de algun modo con algo de lo que es lo mismo.

¿Cómo resuelven los filósofos materialistas y panteistas el dificilísimo problema del tránsito de la idea á la realidad? De ninguna manera; pues para estos no hay tránsito, siendo la idea y la realidad una misma cosa; para los primeros la idea es una sensacion, y para los segundos lo mismo es una sensacion que una idea; y así es que, en ninguno de los dos hay tránsito, pues el sér pensante es de la misma madera que el sér pensado.

Para los psicólogos la solucion del problema es totalmente imposible. Descartes dice que la sustancia de los objetos materiales es la *extension*, y la de

los seres espirituales el *pensamiento*. Pero estas dos sustancias ¿no tienen alguna cosa de comun? Si no la tienen, entónces el conocimiento es imposible, porque lo mismo no puede ser conocido más que por lo mismo. Demos á estas dos sustancias de *extension* y *pensamiento* un punto de union en la idea ontológica de *cantidad*, y se verá como el problema se simplifica, se aclara, y casi se resuelve por sí mismo; pues si el pensamiento posee necesariamente la idea de cantidad tiene que conocer la cosa pensada, sin más que aplicar su idea á la otra idea necesaria de cantidad que, para que la cosa exista, tiene que existir tambien en la cosa.

La variedad de las cosas conocida en la unidad de la idea sustancial: hé aquí el único lazo de union entre las ideas absolutas y las relativas, entre el mundo anímico y el mundo corporal. Es inútil pretender explicar que lo no semejante puedar ser jamas conocido por lo desemejante. Este gran problema de la metafísica de buscar el paso del pensamiento á la cosa pensada, de la idea á la realidad, no tendria solucion posible si no hubiera una idea comun que unificara en cierto modo las variedades de las cosas.

Para los materialistas y los panteistas, como ya hemos visto, esta cuestion es de una explicacion

muy fácil, porque suprimen todo lo supra-sensible, y no queda más que el pensamiento, que es una materia que *piensa*, así como la piedra es una materia que *pesa*. Para Descartes y los psicólogos todos el problema ya es de una imposible solucion; pues siendo la esencia de la materia la *extension*, y la del alma el *pensamiento*, no pueden ser conocidos, porque no hay nada de comun entre el pensamiento y la extension, entre el yo y el no-yo.

La idea de cantidad es la idea madre, es la sustancia genérica; las ideas secundarias de cantidad extensa y de cantidad intensa, ó de materia y vida, ó sea de grandor y de grandeza, son las diferencias específicas en el género comun. Así pues, uniendo todas las infinitas descontigüidades en una no interrumpida continuidad, pondremos en relacion los contiguos y los descontiguos por lo contínuo; lo ínfimo de lo supremo vendrá á ser lo supremo de lo ínfimo, y entónces la palabra sólo será un eco del pensamiento; el no-yo un sér semejante en su inferioridad al yo, lo conocido una sombra de lo que conoce, el hombre una imágen imperfecta de Dios; y podremos establecer las relaciones de todo en todo por medio de la siguiente ley: «Todas las cosas son semejantes por su sustancia genérica, y desemejantes por su diferencia específica.» El género es la

cantidad; las especies son la *extension* y el *pensamiento*, ó sean la *materia* y el *espíritu*.

II.

En la escuela cartesiana era un dogma la oposicion de la extension y el pensamiento. En esta parte no habia transaccion posible. El abismo era cuestion de principios, y por consiguiente era insondable. No habia manera posible de pasar del pensamiento á la palabra, de la idea á la realidad. Si el espíritu no puede conocer lo que es extraño á su modo de ser, ¿cómo el pensamiento habia de conocer la extension, habiendo entre ambos oposicion de naturaleza? El resultado de esta oposicion fué el que no podia ménos de ser, la consumacion de un crímen intelectual, pues Descartes al querer hacer el tránsito de la idea á la realidad, al sacar á luz al yo, tuvo que estrellarle sobre las losas del pavimento de su escuela arrojándole al mundo de cabeza desde la cumbre de la veracidad divina.

¡Qué gran número de maravillas encierra el fenómeno del conocimiento! Santo Tomás, el ideólogo que mejor lo explica, dice que el sentido es,

en cierto modo, el entendimiento de las cosas sensibles, así como el entendimiento es el sentido de las cosas inteligibles. El sentido espiritualiza lo material, recibe en sí los objetos materiales sin la materia; el entendimiento, potencia individual, recibe en sí al individuo sin la individualidad. Conociendo los objetos exteriores, el alma se hace semejante á ellos, sin perder nada de su simplicidad; siendo conocidos por el alma, los objetos materiales pasan á ella, sin perder nada de su materialidad. Principian á ser en el alma, sin cesar de ser en sí mismos. Son, y permanecen en un sér nuevo, en un sér espiritual, sin cambiar su sér natural. Pues bien, si no nos engañamos, la materia dista más del espíritu que la nada del ser. Todo esto que el gran ideólogo ha escrito tan confusamente para explicar el fenómeno del conocimiento, se puede aclarar en dos palabras. Estando el entendimiento en posesion del *concepto ejemplar universal* con que todo ha sido creado, con ese concepto y por ese concepto el alma conoce al Creador y á las criaturas; por ese concepto conoce lo particular, y con ese concepto se eleva á lo universal.

Los universales son concepciones inmensas, infinitas, son las formas inmutables, son las ideas. Como dice San Agustin, los pensamientos, que Platon

ántes que nadie llamó *ideas*, *son las razones eternas de las cosas*, que existen de toda eternidad en el entendimiento divino, como causas ejemplares y formas inmutables de todas las cosas, y por las cuales se ha hecho todo cuanto existe. Pero San Agustin ignoraba que la causa de esas ideas que existe en Dios en potencia, existe en el hombre en esencia y en presencia, y en las cosas solamente en presencia. El niño que ha visto una sola vez *un* árbol, por el concepto sustancial que existe en comun en el entendimiento y en el árbol, sabe tan bien como el mejor filósofo lo que es *el* árbol; por el concepto percibe lo particular, y con el concepto deduce lo general, y al ver en lo sucesivo otros individuos de esa misma especie, se dice á sí mismo y á los demas: «esos son árboles.»

«Pero eso es absurdo y pueril» oigo que nos replica Mallebranche; «nuestra inteligencia no tiene las ideas en sí misma de manera alguna. Ella cree que las posee realmente; pero esto no es más que *una ilusion*. Ella *no las ve más que en Dios*, *como en un espejo*, y nada más. Las ideas se encuentran en el entendimiento divino; *no se mueven* de allí para pasar á nosotros; y allí, advertido por los objetos exteriores, va á buscarlas nuestro espíritu, y las encuentra y participa de ellas.» Devolviéndole la frase,

no conozco nada más absurdo y pueril que ese embobamiento perpétuo en que Mallebranche quiere poner al hombre en la contemplacion de lo que es en Dios, para estar despues casi siempre con el diablo. Si esta curatela fuese posible, seria forzoso confesar que el curador dirige mal, y que el pupilo se deja guiar peor.

El bueno de Mallebranche, al ver que Descartes, con una deplorable confusion de ideas, fundó el conocimiento de lo físico en la base moral de que *Dios no nos puede engañar*, se agarró á Dios como un niño medroso al cuello de su nodriza, sin duda para no engañarse nunca. De creer en las cosas *por la veracidad de Dios*, á *ver las cosas en Dios*, hay bien poca diferencia.

La idea sustancial, el sello de la verdad eterna, es el eje comun de la creacion, y por él existen las cosas y se pueden conocer; por él se ve lo particular, y se deduce lo universal. No, no, nuestro amable y extático Mallebranche; no es Dios quien imprime en el alma humana ó le comunica inmediatamente las ideas, ni el alma tampoco las toma en Dios, mirando á Dios; sino que el mismo entendimiento humano, por efecto de la idea sustancial con que han sido creados lo que conoce y lo conocido, en virtud de la luz del Verbo que se refleja en

él, se forma esos universales por vía de abstraccion, elevándose con motivo de las cosas particulares á la concepcion universal, á la quididad de las cosas.

III.

Examinemos lo anterior un poco más despacio. Despues que Descartes nos introduce en esa torre del hambre del «pienso, luego soy,» en esa fórmula que él cree la certeza absoluta, ¿cómo nos saca de allí? De la manera más incierta y más peligrosa del mundo. Por no dejarnos morir encerrados en la torre como Ugolino, nos descuelga de mala manera por la ventana, apoyados en los peldaños de una escalera de suposiciones. Su argumentacion es la siguiente: *yo soy porque pienso;* primera verdad dudosa, porque supone, sin probarlo, que pensar es sér. Prosigamos. *Dios existe porque tengo idea de él:* segunda suposicion, pues afirma que existe lo que se piensa, en cuyo caso existen con la misma certeza que el Dios de Descartes, sin más razon que porque nosotros tenemos idea de ellas, todas las monstruosidades del gentilismo. Adelante. *Dios es veraz:* verdad intuitiva, verdad ontológica; pero no

es una verdad psicológica, no es una verdad probada por él: tercera suposicion. Y como Dios es veraz, *todo lo que vemos es cierto*, porque, de lo contrario, Dios nos engañaria, y se complaceria en hacernos juguete de una ilusion: cuarta suposicion. Tal es la serie de saltos mortales que nos hace dar Descartes para hacer pasar al yo desde sí mismo á Dios, y desde éste á la naturaleza exterior, poniendo en relacion la idea con el objeto, el mundo ideal con el mundo real. De esta manera salva la psicologia el tránsito que media entre el pensamiento y la cosa pensada, pues poniéndose humildemente Descartes inclinado sobre el borde del abismo, y dejando á la orilla su sistema, pasa ontológicamente á la ribera opuesta apoyándose en el puente de la veracidad divina. Pero esto no es pasar por el puente, esto es saltar el vado.

Así es que, por tener una idea embrollada de la nocion de sustancia, para buscar el tránsito de lo ideal á lo real, tuvo que dar un rodeo tan largo como peligroso.

El argumento de Descartes, reducido á una forma concreta, es el siguiente:

Pienso, luego soy.

Pienso en Dios, luego existe.

Dios existe, luego es veraz.

Dios es veraz, luego no nos engaña.

Dios no nos engaña, luego es verdad lo que vemos.

De manera que Descartes deduce la legitimidad de la idea de Dios del sentimiento de nosotros mismos, y el valor del sentimiento de nosotros mismos vuelve á deducirlo despues de la ya deducida idea de Dios.

No he visto en ningun pensador un círculo más vicioso.

IV.

Kant, el implacable disector del entendimiento humano, sin conocer que las matemáticas eran la mitad de la metafísica, quiso rehacer esta, al ver que la filosofía no tenia á su parecer la seguridad del método, el rigor y la extension de los resultados, como sucede en las matemáticas. Pero con una inconsecuencia digna de un principiante de lógica, para conseguir en filosofía lo mismo que en matemáticas, siguió el camino inverso que las matemáticas le trazaban: estas son completamente sintéticas, y él emprendió el camino del análisis: todas